

En esta ocasión presentamos otro de los cuentos escrito por alumnos de la maestra Susana Flores Almazán, que no le pide nada a los ya publicados en el número de abril de 1993.
Asignatura: Termodinámica.

Ariane

Manuel R. Saavedra Trejo

Alumno de la Facultad de Química, UNAM

Me aparté del río. Grandes extensiones de pinos, oscuros por la menguante luz, ascendían en majestuosa disposición hacia el castillo situado en lo alto. Sus copas se agitaban emitiendo un melancólico zumbido.

Me sentí total, irreparablemente solo y, por primera vez desde que enviara la carta, noté el inquieto fluctuar del recelo. Una extraña oscuridad interna se había posado sobre mis hombros como un cuervo que descendiendo hacia la carne de los muertos.

Visto desde afuera, el castillo tenía un aspecto maravilloso. Era inmenso, y se proyectaba hacia el cielo como si estuviera a punto de echar a volar. Ciertamente su apariencia era la de un castillo de hadas con sus imponentes almenas y empinadas torres.

Por debajo empezaba a condensarse la niebla, que trepaba con rapidez por la ruta que yo había tomado momentos antes, como si me siguiera. Subí los escalones de basalto que llevaban hasta la puerta principal. En el centro de la puerta había una aldaba ornamentada y la usé para llamar.

Al principio no vi nada. La bruma se había enroscado en torno a la luz crepuscular que surgía conforme se abría la puerta.

¿Sí?

Era una voz melodiosa, suave y etérea. Una voz femenina.

Dije mi nombre.

Lo siento —repuso ella. *En el Castillo de Armentieres solemos perder el sentido del tiempo. Me llamo Ariane. Le esperábamos, desde luego. ¿Le fue pesado el viaje?*

En lo absoluto —dije. *El paseo me ha encantado.*

¿Quiere pasar?

Cogí el maletín y atravesé el umbral. Noté que la fina mano femenina se deslizaba en la mía. El vestíbulo estaba tan oscuro como la noche.

Escuché el susurro de la ropa de la mujer justo delante de mí y olí el aroma de una ladera llena de flores. Su piel era suave como terciopelo, aunque la carne que ocultaba bajo ella era firme y flexible, y de pronto sentí la curiosidad de averiguar que aspecto tenía. ¿Se parecería a la imagen de mis pensamientos? ¿Una cintura delgada, alta y de piel pálida, con el cabello largo y tan dorado como los destellos del sol en el filo de las nubes al atardecer?

Después de lo que me parecieron interminables horas, salimos a una sala débilmente iluminada de la que al parecer se ramificaban las demás habitaciones de aquella planta. Delante mismo de nosotros, una enorme escalera ascendía en espiral.

Ariane se volvió para mirarme y comprobé que era como yo la había imaginado.

Sí, era muy hermosa. Sus mejillas eran rosadas, sus ojos azules como las flores del aciano y su cabello del color de la miel caía en gruesos y suaves mechones de una cinta de carey que lo mantenía apartado de su cara, descendía por sus hombros y era igual que una cascada que llegaba hasta la región lumbar.

Sus labios coralinos se contrajeron como si no pudieran reprimir la sonrisa que iluminaba en ese momento su cara.

Sí —dijo en voz baja, en tono musical—, *está usted muy sorprendido.*

Perdóneme —dije— *¿la estoy mirando con demasiada fijeza?* Me eché a reír afectadamente. Por supuesto la estaba mirando. No había podido evitarlo.

Tal vez esté fatigado después de la caminata. ¿Le gustaría una bebida que le refresque?

Me gustaría ver al Dr. Feré —repuse, tras apartar los ojos de su mirada con enorme esfuerzo. Ariane parecía poseer la facultad de hacer brotar mi emoción, como si fuera la dueña de la llave que abría canales de mi interior cuya existencia ni yo mismo conocía.

A su debido tiempo —dijo ella. *Debe tener paciencia. Hay muchos problemas urgentes que precisan atención. Sólo él puede resolverlos. Estoy segura de que lo entenderá.*

Debe de ser fascinante escribir novelas —continuó. *He de confesar que me alegré egoístamente al saber que iba a venir. Sus obras me han proporcionado gran deleite* —dijo mientras tocaba el dorso de mi mano suavemente. *Su extraordinario talento debe hacerle muy deseable en ... su mundo.*

¿Se refiere a nuestros círculos literarios?

Círculos, sí. Es usted muy especial. Indudablemente mi hermano lo dedujo de su carta —apartó entonces sus dedos de mí. *Pero ahora es tarde y estoy segura de que se encuentra cansado. ¿Me permite acompañarle a su habitación? Comida y bebida lo aguardan allí.*

Esa noche no hubo luna. O al menos no podía verse. Ni las estrellas, ni tan solo el cielo. Al mirar por la ventana de mi habitación, en una de las torres, no

vi nada aparte de la blancura de la niebla. Fue igual que si el resto del mundo se hubiera esfumado. Finalmente volví a la cama, pero no concilié el sueño durante larguísimo rato. Por la mañana me levanté, me asee, me vestí y bajé a desayunar.

El desayuno aguardaba humeante, dispuesto cubriendo de un extremo a otro una inmensa mesa de madera. Había dos servicios, uno en la cabecera de la mesa y el otro a la izquierda del anterior. Suponiendo que el primero era para el Dr. Fére, me acomodé en la silla lateral y empecé a servirme.

Pero no fue el Doctor quien bajó por la amplia escalera, sino Ariane. Era, esa mañana, una vista que aceleraba el corazón. Vestía una túnica azul celeste, atada en cruz entre sus pechos y en torno a su estrecha cintura con una cinta de satén color verde.

Buenos días —dijo con naturalidad. *¿Ha dormido bien?*

Sí, perfectamente —alcé un plato de higos verdes.

¿Fruta?

Sí, por favor. Sólo un poco.

Esperaba encontrar despierto a su hermano —dije mientras terminaba mi desayuno.

Ariane sonrió dulcemente.

Por desgracia mi hermano no es muy madrugador. Tenga paciencia. Todo irá bien —y se levantó. *Si ha terminado, imagino que sentirá curiosidad por el castillo de Armentieres. Hay mucho que ver.*

Salimos del salón, recorrimos corredores y cámaras en un número interminable y pasamos por una puertecilla que no vi hasta que Ariane la abrió.

El jardín —dijo en voz muy baja, mientras deslizaba su mano en la mía. *Vamos.*

Me condujo junto a un grupo de azucenas atigradas, hileras de madre selvas en flor, un rosal de humillante perfección. Tiró de mí y nos sentamos, con los torsos a la intensa sombra de los setos y nuestras piernas bajo el calor del sol. Las hojas se movían a intervalos con la tenue brisa, y una calidez somnolienta me cautivó.

Es un lugar muy pacífico —dije.

Me alegra —replicó ella. *También usted lo percibe. Tal vez porque es escritor. Un escritor siente las cosas más profundamente. ¿No es cierto?*

Sonreí. —*Tal vez en parte, sí.*

Ariane desvió la mirada. —*Nunca ha estado casado. ¿Por qué?*

Me alcé de hombros mientras pensaba en ello un momento. —*Supongo que porque nunca me he enamorado.*

Ella acogió la respuesta con una sonrisa. —*¿Cuántos años tiene usted?* —Pregunté.

Tantos como aparento —agitando su cabello. *Se lo dije ayer por la noche. El tiempo tiene escasa importancia aquí.*

Ella me miró, dirigiendo hacia mí el azul de sus ojos, con los carnosos labios ligeramente abiertos, brillantes. Me incliné sobre ella, me acerqué milímetro a milímetro hasta que o cerraba mis ojos o bizqueaba. Noté el roce de sus labios contra los míos, unos labios increíblemente blandos, al principio fríos y fragantes, luego adquiriendo con rapidez el calor de la sangre.

No —dijo ella, con su voz apagada por nuestra carne. *Oh, no lo haga.*

Pero sus labios se abrieron bajo los míos y noté que su ardiente lengua sondeaba mi boca.

Mis brazos la rodearon, la atrajeron hacia mí con la misma suavidad que a un tallo de trigo. Percibí la dura presión de sus pechos, la redondeada blancura de su vientre, y el calor. El calor que aumentaba...

Conocí al Dr. Armand Feré, Conde de Armentieres, al día siguiente. Y además pareció ser una casualidad.

Fue poco después del desayuno, Ariane había vuelto a su habitación para cambiarse. Y estaba paseando por la balaustrada del segundo piso cuando descubrí un nicho en la pared, que no había visto hasta entonces. Luego, literalmente, fue como si una sombra cobrara vida y en ese momento vi que se trataba de la silueta de un hombre.

Su estatura debía de superar los dos metros, y se cubría con una gran capa negra como el ébano, gruesa y remolineante, que caía sobre su esbelta figura y arrancó un susurro de la piedra del suelo cuando el desconocido se movió.

Se volvió para verme y me quedé boquiabierto. Su cara era alargada y estrecha, tan huesuda como la de un cadáver, y su piel igualmente pálida. Sus ojos, bajo cejas oscuramente pobladas, eran fragmentos de materia bituminosa, como puestos allí para taponar un par de agujeros que conducían al interior de su cuerpo. Su nariz era larga y severamente delgada, pero sus labios eran carnosos, proporcionaban el único retazo de color a una cara por lo demás mortalmente pálida.

Sus labios se abrieron infinitesimalmente y pronunciaron mi nombre. De forma involuntaria, me estremecí.

Cómo está usted —me dijo.

El saludo fue tan formal que me sobresaltó y me dejó la lengua paralizada. Después de lo ocurrido anoche, el Dr. Fére se había esfumado de mi mente y sólo ansiaba estar con Ariane.

Dr. Fére, perdóneme por esta observación, pero yo creía..., me refiero a verle por aquí tan tranquilo a plena luz del día.

Me interrumpí, con las mejillas ardiendo, incapaz de proseguir. De todos modos lo había dicho. Me maldije por mi estupidez.

Pero el Dr. Fére no se ofendió. Se limitó a sonreír e inclinar levemente la cabeza.

Un concepto erróneo bastante extendido —dijo con su inquietante voz grave. De hecho es la luz solar directa la que perjudica mi salud. Soy como un magnífico grabado antiguo. Por lo demás me encanta mucho el día.

Pero..., tendrá que dormir a alguna hora.

El Dr. Fére sacudió su enorme cabeza. —*Dormir es algo desconocido para mí. Si durmiera soñaría, y eso no me está permitido.* Dio una larga zancada. —*Vamos, demos un paseo.*

Ariane sabe que estamos juntos —dijo él. No tema. Estará aguardándole cuando terminemos.

Estoy enamorado de su hermana —balbucé, quedándome perplejo, esperando, supongo, el impacto de la cólera de mi anfitrión.

Pero en lugar de eso, el Dr. Fére se detuvo y me miró fijamente. Después echó atrás la cabeza y prorrumpió en carcajadas, con el grave resonante sonido del trueno.

Mi querido señor —dijo ¡Sois el colmo, realmente!

Y ella está enamorada de mí —añadí con cierto descaro.

Oh, oh, oh. De eso no me cabe duda.

Yo no...

Sus cejas se juntaron oscuramente cual nubes de tormenta. Pero el miedo, no el amor, señala el fin.

¿Insinúa que debo tenerle miedo? —pregunté con tono ácido.

Los seres humanos —dijo— tienen miedo de mí únicamente porque deciden temerme.

¿Pretende decir que no les ha dado motivo para que le teman?

No sea absurdo. No puedo evitar ser lo que soy.

Un hombre que no duerme, que no sueña.

Que no puede morir.

¿Aunque le clavara una estaca en el corazón? —Ni yo mismo sabía si mis palabras eran serias o no.

Esa parte de la leyenda, igual que otras, es incorrecta.

Las leyendas se crean para desarrollar su variedad

particular de terror, pero se trata de un terror cuidadosamente constreñido a determinadas limitaciones: es posible matar al hombre lobo con balas de plata... Siempre hay una salida para el intrépido. Es una válvula de escape necesaria para dar salida al terror que acecha a los seres humanos... Ignorancia atávica, el inconciente. Y la muerte.

¿Por qué me explica todo esto? —dije. Usted mismo reconoce que la humanidad no podría aceptar la verdad.

En consecuencia, usted no dirá nada. ¿no?

Pero yo lo sé...

Después de la cena, lo único que pude hacer fue arrastrarme escalera arriba. Llegué a mi habitación, abrí de par en par la ventana y asomé la cabeza tal como había hecho mi primera noche en el castillo. Volví la cabeza y vi una sombra mucho más oscura que una nube. Brotó con desquiciante rapidez, más negra incluso que la noche. Me asomé todo lo que pude y vi que el monstruo se dirigía hacia las aberturas de la sala de las nubes. Crucé velozmente la habitación, salí y subí las escaleras dando saltos gigantescos. En el umbral sólo encontré al Dr. Fére.

Debería estar durmiendo —me dijo. Pero algo en su tono me indicó que mi presencia era esperada.

Algo me despertó.

El hecho es que usted está aquí.

Usted y yo —dije. Pero ¿y Ariane? He estado buscándola toda la tarde. Debo verla.

¿Considera sensato verla, sabiendo lo que usted sabe de mí?

Pero ella no es como usted. Son la sombra y la luz. —La mirada del Dr. Fére era fija.

Las dos caras de la moneda, amigo mío. La misma moneda.

Estaba harto de sus respuestas ambiguas. —*¡No pienso ceder!*

¡Bien dicho! Venga —ordenó. Abí al borde de la ventana.

Me quedé inmóvil, paralizado de asombro cuando el Dr. Fére me soltó y se lanzó a la noche. Vi que su gran capa negra se abría igual que una vela y, por primera vez, contemplé el cuerpo que se ocultaba bajo los voluminosos pliegues.

Bajo la capa se extendieron las dos alas más extraordinarias que he visto nunca. Eran lustrosas y negras como la noche. Tan flexibles como un colibrí e igualmente tan hermosas. De bruscos ángulos y con la fuerza y delicadeza de una pincelada, batían el aire cual heroicos motores.

Pero del asombro brotó el terror, y pensé: “¡Ariane! ¡Dios mío! El Dr. Fére pretende convertirla en un

vampiro.”

Sin decir palabra, di media vuelta y salí corriendo de la habitación. Tras bajar la escalera de tres en tres, regresé al segundo piso y encontré a Ariane durmiendo en mi cama. Le di una sacudida pero ella no despertó. Me agaché y la cogí en brazos, bajando apresuradamente la escalera. ¿Hacia adonde? La respuesta era un misterio. Lo único que sabía era que tenía que sacar a Ariane de aquel lugar.

Sin pensarlo, corrí hacia el jardín. El lugar estaba a oscuras y recorrí las estrechas sendas hasta convenirme de que estaba totalmente perdido. Me senté y enjuagué el sudor de mi frente sin dejar de mirar el adorado rostro, tan inconciente en reposo, tan turbadoramente bello.

Los ojos de la mujer se abrieron y la ayudé a incorporarse.

¿Qué ha pasado?

Ariane, vi a tu hermano volar.

Sus ojos se iluminaron. Se inclinó hacia mí y me besó con fuerza en los labios.

¡Eso ha pasado! Ha llegado el momento.

¿El momento de qué? —Pregunté como un estúpido.

Del cambio —dijo ella como si hablara con un niño.

Sí. Lo sospeché. Por eso te he traído al jardín. Aquí estaremos a salvo.

Las cejas de Ariane se arquearon. —¿A salvo? ¿A salvo de qué?

De tu hermano, así no podrás cambiarte. Seguirás siendo tal como eres.

Por primera vez vi espanto en sus ojos. —*No lo entiendo.* — Ariane se estemeció. ¿No te lo ha explicado?

¿Qué me tenía que haber explicado?

Exclamó —*Todo echado a perder. ¡Todo!*

Ariane —repuse mientras la acariciaba—, ¿no sabes que te amo? *Nada puede cambiar eso. En cuanto estemos lejos de aquí...*

Dime, ¿cuán profundamente me amas? — De pronto estaba heladamente tranquila.

Creo que el amor no es mensurable —respondí.

No estés tan seguro —musitó ella— *no es Armand el que obrará el cambio. Eres tú.*

¿Yo?

Y el cambio ya ha empezado. —adelantó Ariane.

¿Qué estás diciendo? —dije, confundido.

El cambio se produce únicamente cuando estamos enamorados y el otro nos corresponde, cuando encontramos

pareja. La emoción y su reflejo liberan cierto catalizador químico oculto en las hélices de nuestro ADN, un catalizador latente hasta que es activado. Se distribuye por todo nuestro cuerpo y comienza a invertir el sentido de las reacciones orgánicas, es decir, nuestra entropía disminuye con el tiempo, por eso somos inmortales. Pero desgraciadamente necesitamos de materia a la cual regenerar y por eso consumimos sangre. No se trata de una condición que pueda crearse por sí sola, son precisos todos estos pasos. Un imperativo de la naturaleza.

¿No! —exclamé —*no, no, no! Lo que estás diciéndome es imposible. ¡Es una locura!*

Es vida y simplemente vida —musitó Ariane.

¿Tu vida, no la mía!

¿Es posible que el amor contenga tanto terror para ti? —preguntó Ariane. *Tienes una responsabilidad. Tanto contigo mismo como conmigo. ¿No es eso el amor?*

Pero yo no podía pensar con claridad. Sólo sabía que debía alejarme de los hermanos. “El cambio ya se ha iniciado” había dicho Ariane. Yo no quería ver los frutos de tan terrible metamorfosis. No después de haber conocido y amado tanto a Ariane, toda ella aire y sol.

¿No lo entiendes? —escuché la voz, pero no miré a Ariane; me era imposible seguir mirándola. *No tienes nada que temer. Es tu destino..., nuestro destino juntos.*

Sin dejar de aullar me alejé de ella. Me abrí paso dando manotazos, tambaléandome y tropezando entre el bosque. Mi único pensamiento coherente era llegar al río como fuera y lanzarme en su veloz caudal.

Nadar. Nadar. Y si tenía suerte, su corriente me llevaría a algún lugar lejos de ella, para siempre. ■

QUIMOTRIVIA-REJECTA

Las características de: flexibilidad, memoria, imaginación, constancia, sensibilidad a las dificultades, espíritu deportivo, son esenciales de la inteligencia pero... ¿qué hacer cuando el ritmo de trabajo impide asimilar los temas? ¿cómo puede el estudiante enfrentarse a un capítulo por clase?

La respuesta es una perogrullada: no hay fórmulas generales, no hay recetas. Hay técnicas, ciertamente, pero cada quien es responsable de buscar la suya propia para el juego del aprendizaje.

Gandhi nos recuerda que: “Las grandes verdades no se enseñan, se descubren”. ■